



XVI CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE ALFONSO MARTÍNEZ-MENA 2018

OTRAS FORMAS DE BEBER

Jorge Saiz Mingo (Borjomi)



Aunque era un domingo decembrino, Eulalia se despertó a las seis y media de la mañana como todos los días, sin necesidad de alarmas, y calibró la grisura del techo en busca de inspiración para abandonar el refugio de la cama. Ahondó en el pozo de la penumbra con sus ojos de rapaz nocturna y solo halló una mezcolanza de tedio deprimente y ocaso irremediable. A sus sesenta y cuatro años esperaba poco de la vida, pero seguía en la senda de la cotidianeidad, erre que erre, encajando las contingencias metódicas del futuro. Por fin, emparejada con el crujido de las articulaciones, descendió del lecho y posó los pies de hada jubilada sobre la alfombrilla. Entonces alargó la mano, a tientas, y acarició el lomo de Quini, el rottweiler que le acompañaba en las carambolas de la soledad. Le habló con palabras tiernas de pariente, el vínculo de las sílabas sagrado, los ensueños de la habitación indiferentes. Al poco fue al baño, orinó y se miró en el espejo. Las arrugas y las ojeras, leales hasta la médula, constituían una elegía a la decadencia. Suspiró con gemidos íntimos, recordando los tiempos inigualables de la mocedad, y llamó a gritos al pasado en vano. Ya en la cocina llenó el plato del perro con bolas de pollo vitaminadas y calentó un tazón de leche en el microondas. Vio girar el recipiente dentro del electrodoméstico, las vueltas rutinarias, los hechizos de la modernidad enigmáticos. Mojó las galletas y masticó en silencio, a la vera de su compañero del alma, abstraída con lucubraciones de mujer solitaria que desaguaban por norma en el delta de los recuerdos. Recogió la mesa inmersa en el océano de las cavilaciones y se vistió con ropa sencilla de abrigo. Con la espalda equilibrada y el tacto ágil de los dedos, aún podía doblarse sin problemas para ponerse los zapatos. Luego



salió de casa, cachazuda, enchufada a la correa de Quini, y bajó hasta la nocturnidad del exterior celada por los ruidos del ascensor y la mansedumbre de los buzones.

No vuelvas tan tarde, hijo, y los párrafos de las alboradas se difuminaban en el zigzag de las parrandas, la juventud rebelde, la explosión de las ficciones deletérea.

El sigilo de la oscuridad extendía un lustre de paz por las aceras escarchadas con magnanimidad apabullante. Una cuadrilla de barrenderos y tres sombras que iban a trabajar a esas horas avanzaban a lo lejos con pasos tranquilos de manumisión. Nada se movía alrededor de Eulalia. Ni siquiera los tilos de enfrente de la avenida se ladeaban con la brisa tenue que anunciaba la proximidad del amanecer. El repartidor de periódicos y la limpiadora de cajeros le saludaron con una sonrisa preñada de sinceridad y en cierta medida de envidia. Ellos madrugaban por el resorte de la obligación, pero ella se levantaba empujada por el capricho de la devoción. Detrás de la algarabía del perro, confiada y determinada, anduvo atenta a la labilidad de la noche que ya tocaba a su fin. Siempre hacía el mismo recorrido. Rodeó el edificio azul de oficinas que daba a la autovía, atravesó los solares que nunca se convirtieron en estacionamiento privado por presiones de los vecinos y terminó atajando por los senderos del parque urbano. Allí, al socaire de los pinos albares, Quini brincó desatado con histrionismo de poseso, persiguió seres imaginarios y se rebozó con el borrajo como si tuviera un millón de pulgas incrustadas en la suavidad del pelaje. Después hizo sus necesidades con gesto de androide despistado y continuó con el vaivén acérrimo del entusiasmo. Ella sacó una bolsa de un paquete comprimido y eliminó las huellas excrementicias de la mascota. No soportaba a los amos que se olvidaban de cumplir con los compromisos cívicos y más



de una vez había tenido un disgusto al echárselo en cara a alguno de ellos. Además estaba hasta la coronilla de la mala fama que arrastraban los rottweilers cuando, en realidad, quienes deberían apechugar con ella eran los dueños de los animales que, con una responsabilidad inaudita, les entrenaban para atacar. Regresó por el mismo camino y antes de llegar a su portal, observó cómo Quini se detenía a olisquear los zapatos manchados de caca perruna de un chico que, borracho y sucio, yacía inerte sobre un banco.

Bébetese ese caldo, hijo, y el talante de los esfuerzos maternos se desparramaba por la vastedad de la flojera, las negativas supremas, la untuosidad de los olores nutritiva.

Eulalia había visto a muchos juguistas de fin de semana a lo largo de los años. Algunos expelían bobadas incomprensibles al pasar con el perro junto a ellos y otros, tras chocarse con las circunstancias del mundo cabal que no bebía por beber, se limitaban a mirarla con ojos de espanto cinematográfico. A veces se topaba con jóvenes desplomados, niños zangolotinos que se creían dioses terrenales mientras les duraba el envión efímero de la filoxera, y pensaba en el fuego de agobios que acaloraría la incertidumbre de las madres. En esos momentos no podía evitar echar la vista atrás y caer en la tentación de imaginar que volvía a tener a Juan al alcance de la mano. El vástago se le había torcido a los quince, en medio de la vorágine hormonal de la adolescencia, empeñado en demostrar a todo Dios que, digan lo que digan los manuales de matemáticas, dos más dos no son cuatro. Comenzó con la tontería de los porros, pasó enseguida a la velocidad de las anfetaminas y, tres meses después de dar la primera calada a un cigarrillo de hachís, aspiró humo de heroína que ascendía de un papel de aluminio. A



partir de ahí la vida del chico se tiñó de trabas incontables, transmutada en un laberinto de idas y venidas sin ton ni son, desbarrancada por el abismo de la maldita adormidera afgana. Ella poco pudo hacer. Le veía pálido, extasiado, cada vez más delgado, ajeno a los pactos de los demás. Enfrascado en una guerra de rivales exacerbados, llegaba empercudido de la calle, tambaleante, con la cara vuelta del revés, siempre inventando mentiras imposibles y disfrazado de aprendiz de maleante. Suspendía hasta la asignatura de gimnasia y le echaban del instituto por la puerta de atrás. En verano iba a la piscina, sin disfrutar del frescor del agua, pendiente solo de las distracciones de los bañistas para birlarles lo que fuera. En invierno, enjaulado en los barrotes inclementes de la droga, las pasaba canutas con los zarpazos del norte. Había muerto de sobredosis a los dieciocho años, detrás del rincón cutre de una tapia, con el brazo marcado por un archipiélago de picotazos, dejando como única herencia los cincuenta kilos de Quini.

Vamos a ver a un médico, hijo, y los avisos del doctor se sumergían en la cloaca de la dependencia, las farmacias acechadas, el caudillaje de la zozobra despótico.

Eulalia se quedó prendada de inmediato del rostro del mozalbete tirado sobre el banco. Analizó de cerca la piel de querubín surcada por un sinfín de venas filiformes, con las orejas rojas y la baba de los labios solidificada. Se asemejaba tanto a Juan que el arrobo de las lágrimas afloró en su semblante de madre huérfana. Echó una ojeada de experta al cielo raso de diciembre y concluyó que el filo de la helada vaticinaba una estela de ramificaciones letales. Entonces intentó despertarle con un zarandeo vigoroso sorprendente por la rotundidad, convencida de la labor humanitaria que se disponía a realizar, y al final comprobó que aquellos ojos abiertos con dificultad poseían el matiz



indiscutible de la candidez. Le ayudó a incorporarse, entre resabios avinagrados y olores inidentificables, y consiguió ponerle en pie. El chaval parecía un mulo borracho y ella se acordó de una película en la que unos contrabandistas iraníes daban alcohol a sus mulas para que no sintieran frío ni cansancio en las montañas nevadas de la frontera iraquí. Estuvo a punto de reírse por lo bajinis con la extravagancia de la comparación, pero al cabo notó los empujones de la pena y se centró en actuar. Se veían tantos sucesos terribles en la televisión que dudó un poco antes de lanzarse a cuerpo descubierto al ruedo de la osadía. Sin embargo, al postre decidió invitarle a subir a su casa para descansar, desprenderse de la suciedad de la farra y romper el tabú viejo del misoneísmo. El muchacho se llamaba Andrés y, nada más asimilar la bondad del ofrecimiento, aceptó con balbuceos de recién nacido. Subieron en el ascensor muy juntos, calibrando los chirridos tercos del motor, acompañados del jadeo expectante de Quini.

No puedes seguir así, hijo, y la contumacia de la adicción reventaba el globo del estoicismo, los hematomas de la sangradura cárdenos, los padrastrros de las uñas purulentos.

Eulalia comprendió que el ogro de la cogorza aún tenía la sartén por el mango y, tras ir al baño, obligó a Andrés a que se metiera los dedos en la boca. La espadañada subsiguiente puso perdida la taza del váter, pero ella estaba más que curtida con los antiguos desmanes de Juan. Luego le llevó hasta la habitación de su hijo y le tumbó en la cama todavía sitiada por pósteres de melencidos enfundados en chupas de cuero. Le arrojó con mimo de talladora de diamantes, convertida en una progenitora remozada, y



sintió el pellizco de la nostalgia en el remolino de las tripas. Tornó al salón animada como nunca y, acostumbrada a desenvolverse con soltura en el galimatías del alcohol, se sirvió la primera copita de anís del día. Apartó los visillos de la ventana y vio el amanecer dominical con las golondrinas de la mente posadas en el alambre de los tiempos pretéritos. Había sido medianamente feliz con su marido, un hombre cordial amparado en el alpendre del respeto y del cariño, aunque caído en desgracia con el cierre de la fábrica en la que trabajaba de maestro fresador. El cónyuge se vino abajo con el subsidio mísero del paro y empezó a beber más de la cuenta. Con la nariz enrojecida a toda pastilla, borraba de un plumazo las palabras de aliento de Eulalia en cuanto se afincaba en el mostrador de la taberna del barrio. Empezaba por la mañana con el tinto, continuaba por la tarde con el coñac y finiquitaba la jornada con una curda de aúpa hasta las tantas. Los problemas porfiados del vástago supusieron la puntilla que tal vez, entre el embotamiento del cerebro y las pocas ganas de levantarse para empezar el periplo de los chatos, esperaba con ansiedad cada madrugada. Duró poco. Le atropelló el camión de la basura una noche de mayo mientras, con oscilaciones de péndulo, trataba de encender el enésimo cigarrillo plantado en las arenas movedizas de la calzada.

Tienes mala cara, hijo, y el aleteo de los consejos se estrellaba contra el muro de las lamentaciones, el parpadeo de los síes misericordioso, el auge de los noes estrafalario.

Eulalia había sido maestra de primaria durante más de tres décadas. Enamorada de la fragilidad de los niños, sabía explicar los números decimales con una facilidad asombrosa y acaparaba toneladas de aguante en un corazón de mujer íntegra. Los



dramas del hogar, contumaces e impiadosos, constituían una losa de envergadura para el desempeño del oficio, pero salía a flote blandiendo el escudo de la profesionalidad frente a las asechanzas de los reveses. Le encantaba el cine, sobre todo el de factura independiente, y visionaba películas en los ciclos especializados que se organizaban a menudo en la ciudad. Leía novelas variopintas que tomaba prestadas en la biblioteca municipal y caminaba un par de horas a diario por el parque de pinos de los suburbios. El orden natural de las cosas brillaba con luz propia a pesar de los pesares. Sin embargo, al quedarse sola delante de la mudez de la mesa camilla, se derrumbó como un castillo de naipes azotado por el cierzo. Estuvo casi un año de baja, a punto de ahorcar los hábitos, empapuzada de pastillas sedantes, y empezó a asilarse en la levedad de las copitas de anís. Arrollada en el aura de los que no admiten la superioridad de la impotencia, tornó al colegio cambiada, agriada, abrumada por una tristeza de veleta abandonada en un cenobio saqueado. Mantuvo la sensatez en las aulas de milagro, entre recuerdos infaustos y desordenados fronteros con el caos, y concentró las alegorías del afecto alrededor de las necesidades de Quini. Al final todo se desbocó un martes de febrero, en medio de un ataque de ira, cuando una niña, un ángel de coletas pelirrojas y un septenio en las mejillas, derramó un batido de chocolate sobre su traje de chaqueta. La bofetada matraqueó la cal de las paredes con rebumbio de algarada y las mayúsculas del escándalo, espinosas y engordadas, desembocaron en el galardón de una jubilación anticipada.

Cómete unas mandarinas, hijo, y el intrínquilis de la paciencia rebotaba contra el machón de la inedia, la atmósfera de las comidas patética, las heces violetas.



Eulalia pasó la mañana entre visitas a la alacena donde atesoraba la botella de anís y a la habitación donde Andrés dormía el sueño de los justos. Lucubró acerca de las circunstancias que rodeaban aquel encuentro y concluyó que, por hache o por be, estaba de suerte. Echó un vistazo a la ropa del chico, abrió la cartera donde no quedaba ni un euro y se pasmó al ver la fecha de nacimiento en el DNI del bello durmiente, con los dieciocho años mariposeando sobre el divino torrente de la juventud. Se guardó el documento por si las moscas y, bajo el ímpetu suministrado por los buchets de alcohol, abrazó a Quini con un frenesí exagerado. Después fue a la cocina y preparó el cocido de garbanzos que había dejado a remojo la víspera. El aroma de la olla pronto invadió el aire de la vivienda y ella aguardó el tiempo idóneo para que las legumbres y la costilla adobada estuvieran tiernas en su justa medida. A las dos en punto, estricta como un jefe de estación, quitó el fuego y fue a buscar al invitado de honor. Le costó despertar a quien quizás soñaba con una alberca de zumo de naranja frío para matar la resaca, pero al cabo le guió hasta la mesa del salón. Comieron en silencio, hermanados por las querencias del apetito, cercados por el correteo del perro que intuía que un trozo de algo sabroso le iba tocar en la rifa de los restos. Las cucharadas marcaron el ritmo de los pensamientos y la llegada del flan sobrante del sábado puso la guinda final al banquete. Luego, provista de una manzanilla aliñada con un chorro de anís, Eulalia interrogó al chaval. Así se enteró de que vivía en un piso con universitarios de otras provincias, que estudiaba Economía y que se arrepentía de las todavía latentes consecuencias de su primera borrachera.



No me hagas esto, hijo, y el fulgor de las joyas desaparecía por arte de magia del secreter, el interior de las papelinas amarronado, los síndromes de abstinencia comatosos.

Andrés llamó a un amigo y habló maravillas de la señora que le había recogido en su casa. No dio detalles exactos del lugar donde se hallaba, pero dejó bien claro que no había por qué preocuparse. Después se bebió su propia manzanilla y, necesitado de una siesta reparadora, regresó al cuarto de Juan mientras los heraldos del cuerpo le pedían el advenimiento de la normalidad con vozarrón exigente. Sin cerrar ni siquiera la puerta, cayó relocho ayudado por el somnífero diluido en la infusión, avergonzado en cierto modo por el espectáculo ofrecido en la calle. Eulalia se aletargó en el sofá celada por la mirada vidriada de Quini, sin ganas de libros ni de películas, consciente de que la fidelidad del perro no llenaba el hueco insaciable de las ausencias. Ató cabos y lidió a duras penas con el entumecimiento de quienes, manipulando los hilos de la verdad, trasiegan con la intención de olvidar las condenas de la realidad. Paseó la imaginación por las veredas turbias del duermevela, los pros contrariados, el tiento de la valentía fortalecido. Extrañó la rutina de los viejos tiempos, anhelando volver a guisar para otra persona, esperar las cuatro vueltas de la cerradura anunciando novedades, planchar el canesú de las camisas masculinas y otros miles de pequeñas cosas. De todas maneras, gracias como de costumbre al soporte incombustible del alcohol, resolvió que iba a salir airosa del trance. Aunque no tenía ni pajolera idea de lo que iba a hacer cuando Andrés se despertara, lograría que permaneciera con ella por las buenas o por las malas, ocupando el sitio del unigénito y contribuyendo con su presencia a la armonía de la



familia. Percibió entonces un borboteo de arrestos al margen de las derrotas cotidianas y, peculiarmente reconciliada con el mundo, midió el vacío circundante con otros ojos. A la postre se durmió, narcotizada por el anís, dispuesta a instruir a su nuevo hijo en el arte de otras formas de beber, sin percatarse de que el rottweiler se encaminaba hacia la habitación de Juan para ajustar cuentas con la competencia.